

defendiéndole defendian á sus mugeres y á sus hijos. Luego pasó por debajo del vestibulo para dirigirse al jardín; pero en el mismo instante se oyó el grito de *muera el veto* pronunciado por uno de los batallones que acababan de entrar. Dos oficiales que estaban á su lado, quisieron impedirle que continuase la revista en el jardín, y otros le instaban á que fuese á visitar el puesto del puente giratorio, á lo que consintió con mucho ánimo. Pero se vió precisado á pasar por el terrado de los Fuldenses que estaba lleno de gente y durante aquella travesia no le separaba de la multitud furiosa mas que una cinta tricolor. Sin embargo continuó adelantándose y recibió toda especie de insultos y ultrages, viendo desfilar en su presencia los batallones, recorrer el jardín, y salir á su vista para ir á reunirse con los sitiadores en la plaza del Carrousel.

Esta desercion, la de los artilleros y los gritos de *muera el veto*, le habian quitado toda esperanza, y eso que ignoraba en aquel momento que los gendarmas que estaban reunidos en la columnata del Louvre y en otras partes se habian dispersado ó reunido con el pueblo. Por su parte la guardia nacional que ocupaba la habitaciones, y con quien parecia que se podia contar, estaba disgustada de hallarse entre los nobles y manifestaba desconfianza de ellos. La reina les tranquilizó dicen-

do. «Granaderos, mostrando á los nobles, estos «son compañeros vuestros que vienen á morir á «vuestro lado.» Apesar de aquel valor aparente, se echaba de ver la desesperacion en su alma, y en efecto aquella revista lo habia echado á perder todo, y ella se quejaba al rey de que no hubiese mostrado ninguna energia. Es indispensable repetirlo, aquel desgraciado príncipe no temia nada por sí mismo, y habia reusado ponerse el peto, como el dia 20 de junio, diciendo que en un dia de combate debia estar al descubierto como el último de sus súbditos. No le faltaba ciertamente el valor, antes bien mostró despues un ánimo bastante noble y elevado; pero le faltaba la audacia para la ofensiva y sobre todo el ser mas consecuente, para no temer, por ejemplo, la efusion de sangre, cuando consentia en la venida de los extranjeros á Francia. Es ciertísimo, como se ha dicho muchas veces, que si hubiera montado á caballo y cargado al frente de los suyos, se habria disipado la insurreccion.

En aquel momento viendo los individuos del departamento el general desórden de palacio, y desesperando del éxito de la resistencia, se presentaron al rey y le aconsejaron que se retirara al seno de la asamblea. Aquel consejo tantas veces calumniado, como todos los que se dan á los reyes cuando no salen bien, era el único conveniente



en aquella circunstancia; porque aquella retirada evitaba toda efusion de sangre, y preservaba á la familia real de una muerte casi cierta, si el palacio era tomado por asalto. Ya en el estado en que se encontraban las cosas, no era dudoso el éxito, y aun cuando lo hubiese sido, bastaba la duda para que debiera evitarse semejante peligro.

La reina se opuso vivamente á tal proyecto.— Pero señora, la dijo Roederer, V. M. espone la vida de su esposo y la de sus hijos, piense V. M. en la responsabilidad con que va á cargarse.— Fue muy vivo el altercado, y al fin el rey se decidió á retirarse á la asamblea, diciendo con aire resignado á su familia y á los que le rodeaban: marchemos.— Caballero, le dijo la reina á Roederer ¿responde V. de la vida del rey y de mis hijos?— Señora, replicó el fiscal general, yo respondo de morir á su lado, pero no prometo nada mas.

Entonces se pusieron en marcha para ir á la asamblea por el jardin, el terrado de los fuldenses y el patio del picadero. Todos los gentileshombres y criados de palacio se precipitaban para seguir al rey, y podian muy bien comprometerle irritando al pueblo, é indisponiendo á la asamblea con su presencia. Roederer hacia vanos esfuerzos para contenerles y les repetia con todas sus fuerzas que iban á hacer degollar á la familia real, con lo cual consiguió en fin apartar á un gran nú-

mero y echaron á andar. Fueron acompañando á la real familia algunos Suizos, y una diputacion de la asamblea vino á recibirla para conducirla á su seno; mas era tanta y tan grande la afluencia de gente que el paso se hacía impenetrable. Entonces cogiendo un granadero de mucha talla al Delfin y levantándole en sus brazos atravesó la multitud llevándole sobre su cabeza. Al ver aquello la reina creyó que la quitaban á su hijo y dió un agudo grito: pero la tranquilizaron, y el granadero entró y puso al real infante sobre la mesa de la asamblea.

Entonces entraron el rey y su familia seguidos de dos de sus ministros.—Vengo, dijo Luis XVI, para evitar un gran crimen, y pienso, Señores, que en ninguna parte puedo estar con mas seguridad que en medio de vosotros.

Estaba de presidente Vergniaud y respondió al monarca, que podia contar con la firmeza de la asamblea, pues que todos sus miembros habian jurado morir defendiendo á las autoridades constituidas.

Sentóse el rey al lado del presidente; pero habiendo hecho Chabot la observacion de que su presencia podia perjudicar á la libertad de las deliberaciones, le colocaron en la tribuna del periodista que estaba encargado de copiar las sesiones. Echaron abajo la reja de hierro que tenia, para que



en el caso de que la tribuna fuese invadida, pudiese sin obstáculo precipitarse él y su familia en la asamblea. El príncipe ayudó con sus propias manos á concluir aquel trabajo, y derribada la reja pudieron llegar mas libremente los ultrages y amenazas á aquel último asilo del destronado monarca.

Entonces hizo Roederer la relacion de lo que habia pasado, pintando el furor de la multitud y los peligros á que quedaba espuesto el palacio cuyos patios estaban ya invadidos. Mandó la asamblea que veinte comisionados suyos fuesen á calmar al pueblo; mas apenas habian salido cuando se oye de repente una descarga de artilleria que llenó de consternacion á todos.— Prevengo á Vdes. señores, dijo el rey, que acabo de prohibir á los Suizos que disparen.— Pero oyense de nuevo cañonazos y mosqueteria y llega á su colmo la inquietud. A poco rato anuncian que los comisionados nombrados por la asamblea han sido dispersados, y en el mismo instante principian á dar grandes golpes á la puerta de la sala, asomándose por una de sus entradas los ciudadanos armados. Entonces un individuo del ayuntamiento entró diciendo *somos forzados* y habiéndose cubierto el presidente, se precipitaron de sus sillas muchos diputados para apartar á los sitiadores. Al fin se apacigua el tumulto, y al ruido no inter-

rumpido de la fusileria y del cañon, se ponen á gritar los diputados.— Viva la nacion, la libertad y la igualdad.

Entretanto habia principiado un combate mortifero en palacio, y como ya habia salido el rey, se temió naturalmente que el pueblo se encarnizaria mas contra su morada ya vacia; mas como el alboroto impedia ocuparse de ello, no se habia dado ninguna orden para evacuarle. Unicamente se dispuso que se retirasen dentro del palacio todas las tropas que estaban en los patios, y andaban derramadas confusamente por las habitaciones, con los criados, los gentiles hombres y los oficiales; siendo inmensa la multitud que andaba por él, sin poder apenas moverse á pesar de su vasta capacidad.

El pueblo que acaso ignoraba la salida del rey despues de haber aguardado largo tiempo delante del pórtigo principal, atacó por fin las puertas haciéndolas pedazos con hachas y se precipitó en el patio real. Entonces se formó en columna y volvió contra el palacio las piezas de artilleria que imprudentemente se habian dejado en el patio despues de la retirada de la tropa. Sin embargo los sitiadores no atacaron todavia, sino que hicieron demostraciones amistosas á los soldados que estaban en las ventanas diciéndoles: entregadnos el palacio y entonces todos serémos ami-



gos. Los Suizos manifestaron intenciones pacíficas y empezaron á echar cartuchos por las ventanas, y entonces algunos de los sitiadores mas atrevidos que los demas, se separan de las columnas y se adelantan hasta el vestibulo del palacio. Habian puesto al pie de la escalera principal un armatoste de madera en forma de barricada, detras del cual estaban atrincherados confusamente algunos Suizos y guardias nacionales. Los que desde fuera habian penetrado hasta allí, querian penetrar mas adelante y tomar aquella barrera, y despues de una contestacion bastante difusa, pero que no llegaba á combate ocuparon aquel punto. Entonces los sitiadores suben por la escalera diciendo que es necesario que se les entregue el palacio, y aun se dice que unos hombres que estaban armados con picas y se habian quedado en el patio engancharon con unos garfios á los centinelas Suizos que habian quedado fuera y los degollaron. Añaden también que habiéndose tirado un tiro contra las ventanas, correspondieron los Suizos indignados haciendo fuego. Lo cierto es que inmediatamente resonó una descarga terrible dentro del palacio, y que los que habian penetrado en él, huian gritando que les habian vendido. Es muy difícil saber con exactitud en medio de aquella confusion de que lado partieron los primeros tiros, pues aunque los sitiadores han





querido decir que ellos se habian adelantado amistosamente, y que estando ya dentro les habian sorprendido y fusilado á traicion, es muy poco verosimil porque los Suizos no estaban entonces en situacion de provocar el combate. No teniendo ya motivo alguno para batirse, habiendo salido S. M., solo podian pensar en escaparse, y no era ciertamente el mejor modo de hacerlo principiarse por una traicion. Por otra parte aunque la agresion pudiese alterar el carácter moral de los sucesos, siempre es evidente que la primera y verdadera agresion, que fue el ataque del palacio, venia de los insurgentes: lo demas no era mas que un accidente inevitable y casual. Sea lo que quiera de ello, los que se habian introducido en el vestibulo y escalera principal, oyeron de repente la descarga, y mientras que huian, recibieron en la escalera una granizada de balas. Entonces los Suizos bajaron en buen orden, y llegando á los últimos escalones, desembocaban por el vestibulo al patio real, y allí se apoderaron de una de las piezas que estaban en él y en medio de un fuego terrible la vuelven y la descargan contra los Marselleses. Estos se replegaron entonces y haciendo fuego abandonan el patio. Inmediatamente se difundió el terror por el pueblo que echó á huir por todas partes hasta sus arrabales, y si en aquel momento los Suizos hubiesen



proseguido sus ventajas, y no hubieran abandonado su puesto los gendarmas que estaban en el Louvre quedaba todo concluido y la victoria en favor del palacio.

Pero precisamente en aquel momento llegó la orden del rey, comunicada por Mr. de Hervilly en que prohibia que se hiciera fuego, y este oficial llegó al vestíbulo cuando los Suizos acababan de rechazar á los sitiadores. Los manda detener y les dice de parte del rey que le sigan á la asamblea, y entonces le obedecen un gran número de Suizos, dirigiéndose hacia los fuldenses en medio de las descargas mas mortíferas. Así se encontró el palacio privado de la mayor parte de sus defensores; pero quedaban en las habitaciones otros muchos Suizos, á quienes no habia llegado la orden, y que muy pronto se vieron espuestos á los mayores peligros sin ningun medio de resistencia.

Durante este tiempo se habian reunido los sitiadores, indignándose los Marselleses y Bretones de haber cedido con tanta facilidad. Cobran pues ánimo y vuelven á la carga llenos de furor, dirigiendo sus esfuerzos con inteligencia el mismo Westermann, que despues mostró verdaderos conocimientos militares. Percipítanse con ardor y cae un gran número de ellos, pero al fin llegan debajo del vestíbulo, asaltan la escalera y se hacen dueños del palacio. Detras de ellos se arroja el

populacho armado de picas y todo lo restante de esta escena no fué mas que una verdadera matanza. En vano imploraban el perdon los desgraciados Suizos, arrojando sus armas, por que todos fueron impiamente degollados. Pegan fuego al palacio y son perseguidos los criados que le ocupaban, de los cuales algunos huyeron y otros fueron sacrificados. Mas no faltaron entre aquellos feroces vencedores algunas almas generosas que gritaron — *« Gracia en favor da las mugeres; no deshonreis á la nacion »* — y esto fué lo que salvó á las damas de la reina que estaban de rodillas y los sables levantados sobre sus cabezas. Hubo víctimas valerosas, y otras muy astutas para salvarse cuando ya ningun valor bastaba para la defensa. Hubo tambien entre los furiosos vencedores movimientos de probidad, á tal punto que fuese por vanidad popular, ó por el interes que nace de la exaltacion, el oro que se encontró en palacio fué llevado á la asamblea.

Esta habia permanecido en ansiedad aguardando el éxito del combate, hasta que al fin á cosa de las once se oyeron los gritos de victoria mil veces repetidos. Ceden las puertas al esfuerzo de una multitud embriagada de gozo y de furor, y llénase la sala de los despojos que trae consigo y de los Suizos que habia hecho prisioneros, á quienes solo se concedió la vida para hacer homenaje



á la asamblea de aquella clemencia popular. Durante este tiempo el rey y su familia, retirados en la estrecha tribuna de un periodista, asistian á la ruina de su trono y al gozo de sus vencedores. Vergniaud habia dejado un instante la presidencia para redactar el decreto de deposicion, y luego que volvió á entrar, espidió la asamblea aquel célebre decreto por el cual,

Luis XVI queda provisionalmente suspendido del poder real;

Se manda hacer un plan de educacion para el príncipe real;

Se convoca una convencion nacional.

¿Podrá decirse que fuese un proyecto acordado de largo tiempo el de arruinar la monarquía, cuando no se hacia mas que suspender al rey y se preparaba la educacion del príncipe? Por el contrario, ¡ con cuanta reserva se tocaba aquel antiguo poder! ¡ Con qué especie de recelo se acercaban á aquel antiguo tronco, bajo el cual muchas generaciones de Franceses habian sido ya felices ya desgraciadas, pero que en fin habian vivido bajo su sombra!

Sin embargo la imaginacion pública es muy rápida, y necesita muy poco tiempo para despojarse de los últimos restos de respeto á un antiguo poder; una vez suspendida la monarquía, iba bien pronto á ser destruida del todo. Iba á pere-

cer, no en la persona de un Luis XI, de un Carlos IX, ó de un Luis XIV, sino en la de Luis XVI, que fué uno de los reyes mejores que se han sentado en el trono.

PAGINA 2

PAGINA 20